

El trabajo en el pensamiento de Juan XXIII

Por FERNANDO STORNI S. J.

LA Encíclica "Mater et Magistra" ha sido ya bautizada con el nombre de la carta del "humanismo social cristiano" y colocada por eso mismo en la cúspide del esfuerzo de la Iglesia, jerarquía, sacerdotes y laicos, para ofrecer a los hombres de buena voluntad un compendio de luces e indicaciones que ayuden a resolver los grandes problemas económico-sociales.

Como es lógico, la Iglesia parte de su conocimiento del hombre para indicar cuál es el mundo en que el hombre puede vivir. Cristo mismo en su carácter de Hombre-Dios es el primer escalón sobre el que se apoya la doctrina de la Iglesia. No hay duda que aun en el plano filosófico, la revelación acerca de un Dios encarnado ha permitido profundizar en la misma noción de persona. Por eso la doctrina social cristiana no puede ser sino un humanismo y su humanismo tiende a alcanzar las dimensiones mismas del ejemplar divino. Un magnífico ejemplo de estas dimensiones lo encontramos ya en la epístola de San Pablo a Filemón donde todo un problema social como la esclavitud, está resuelto en la fraternidad de todos los hombres en Cristo. Y al mismo tiempo es ya una demostración de que la Iglesia interviene en lo económico-social llevada, arrastrada por su mi-

sión de predicar lo que Cristo le mandara: su propio mensaje acerca de Dios y del hombre.

* * *

De este mensaje queremos recoger hoy las grandes líneas de uno de los puntos sobre los cuales Juan XXIII ha instituido a lo largo de toda la encíclica y que constituye además un tema sobre el que se escribe constantemente. Nos referimos al trabajo.

Nos encontramos cada vez más ante una civilización cuyo pivote central lo constituye el trabajo. Indudablemente, no se detendrá allí la civilización; tenderá a convertirse en una civilización del tiempo libre, pero mientras tal civilización no pueda realizarse, la nuestra se caracteriza por el énfasis colocado sobre el el trabajo.

Una objeción se presenta, con cierta frecuencia, y es conveniente despejarla desde el primer momento. Se habla del trabajo como una maldición de Dios sobre el hombre y se invoca para justificarlo la expresión bíblica: "ganarás el pan con el sudor de tu frente". Pero, si examinamos más precisamente el texto bíblico vemos que ya en el versículo 15 del capítulo segundo del Génesis, se nos

dice que Dios tomó al hombre y lo colocó en el jardín del Paraíso para que lo cultivara y cuidara. Es decir, que anteriormente a cualquier maldición, en el Paraíso, el hombre estaba encargado de un trabajo. Por otra parte, el Dios que se nos presenta en el primer capítulo del Génesis no es un Dios contemplativo, ni un Dios perezoso, es un Dios activo, creador, el Dios alfarero y es este Dios el que dice: *"hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza"*. Si el ejemplar es activo por esencia, la imagen lo será asimismo por intrínseca necesidad.

Pero, no sólo encarga el Señor al hombre, su creatura, el cuidado y cultivo del Paraíso, sino que además le da como misión el poseer y dominar la tierra. Esta misión no puede realizarse si no es a través del trabajo. Un trabajo constante y progresivo.

El pecado no cambia estos principios fundamentales, estas relaciones esenciales del hombre con su actividad. Si examinamos la maldición después del pecado vemos que lo maldecido directamente es la tierra, por causa del hombre, y de esta maldición surge la dificultad en el trabajo, la pena, el sudor. La maldición no ha alcanzado al trabajo, sino a las circunstancias del mismo. Y así como la mujer es castigada en su función principal de la maternidad, también el hombre sufre un desmedro en lo que constituye su función principal: el trabajo.

Por lo tanto, podemos deducir del Génesis que el hombre es un ser esencialmente activo, con una misión, dominar la tierra, que no podrá realizar sino a través del trabajo.

Un último aspecto podríamos destacar en el concepto bíblico del trabajo: su función social. El hombre no trabaja para vivir, él, personal, individualmente, sino para sostener a su mujer. Hay por lo

tanto ya una relación con el grupo social primitivo. Y en la descendencia de Adán encontramos rápidamente establecida la división del trabajo. Así encontramos los rasgos fundamentales acerca del trabajo humano en la Biblia y despejamos la objeción que presenta al trabajo como una maldición.

Guiados por la luz bíblica los Sumos Pontífices han declarado repetidas veces la necesidad de asegurar para el trabajo las condiciones que le permitan ser realmente el medio apto para el desarrollo personal del trabajador. Ya León XIII, y lo recuerda S. S. Juan XXIII en la *"Mater et Magistra"*, señalaba las condiciones inhumanas del trabajo *"a las que frecuentemente eran sometidos los niños y las mujeres"*. Y no se contenta León XIII con señalar los abusos que se cometen con el trabajo, sino que agrega los verdaderos fundamentos de su grandeza: *"el trabajo debe ser valorado y tratado no como una mercancía, sino como expresión de la persona humana"*. Esta es la idea fundamental. Todo el mal de la economía está en olvidarse que se trata de seres humanos que intervienen en un proceso de producción o de servicio y que por lo tanto debe reinar en todo el ambiente económico un respeto por la persona de los trabajadores y empleados. De aquí la necesidad de un derecho laboral para que la justicia y la equidad regulen las relaciones entre los empleadores y los dadores de trabajo. Este derecho laboral que hoy nos parece lo más común es realmente el producto de la crítica lanzada contra el liberalismo del siglo pasado por los socialistas y cristianos.

Por ser el trabajo una expresión de la persona humana *"su remuneración, no puede ser dejada a merced del juego mecánico de las leyes del mercado, sino*

que debe ser determinada según la justicia y la equidad" para evitar las lesiones a la personalidad humana. Todo sistema económico que pretenda organizarse en un mecanismo determinado, mecánico y frío, sin darse cuenta que es siempre la voluntad humana la que decide en última instancia de la verdadera dirección de los fenómenos económicos, queda descartado por esta afirmación de León XIII. Y si es la voluntad humana la que decide en última instancia de los fenómenos económicos, es necesario que esa voluntad humana, también en el campo económico, se mueva de acuerdo con la virtudes cristianas.

Pío XI al ratificar solemnemente los principios de la "Rerum Novarum" se detuvo nuevamente en la naturaleza del trabajo, especialmente con relación al régimen de su remuneración. Para lograr una justa retribución es necesario tener en cuenta el carácter social del trabajo, que se agrega a su carácter individual. De allí que el salario tendrá que ser fijado atendiendo no sólo a las necesidades individuales del trabajador sino también a sus responsabilidades familiares; pero, además será necesario tener en cuenta la situación de la empresa y el bien común de la sociedad. Como se ve a través del trabajo nos encontramos ante los problemas principales de la economía y de la sociedad y esto es lógico que así suceda porque el trabajo es la primera expresión de la propia persona humana, origen de la sociedad.

Añádase a esto por lo tanto la necesidad de asegurar a todos los que deseen trabajar una fuente de ocupación de tal manera que no se den sectores de población deprimidos en sus condiciones materiales y morales por falta de fuentes de trabajo.

De esta condición personal del trabajo, como deber y derecho surge también,

como lo señaló Pío XII en su mensaje de Pentecostés de 1941, que primordialmente pertenece a las partes interesadas, empleadores y dadores de trabajo, regular sus mutuas relaciones de trabajo. El Estado tendrá que intervenir si las partes no alcanzan el acuerdo que conviene para el bien común.

• *CONDICIONES NUEVAS DEL TRABAJO*

La realidad social de trabajo se modifica constantemente por los adelantos científico-técnicos. Después de la revolución industrial, con la enorme aplicación de las máquinas para reemplazar y mejorar el esfuerzo humano, nos encontramos hoy ante una nueva revolución destinada todavía más a hacer desaparecer toda necesidad de trabajo humano rudo para transformar cada vez más la producción económica en la obra de máquinas que llegan a controlar los propios defectos. No hay duda entonces que nos encontramos en un mundo en transformación y es necesario tener las ideas claras para no pensar que meras transformaciones materiales deshacen las esencias de las cosas. Por eso S. S. Juan XXIII va a destacar el papel de importancia fundamental de una noción exacta acerca del trabajo. Veamos sus principales características.

• *RESPONSABILIDAD PERSONAL*

Ya en el párrafo 9 dedicado al principio de subsidiaridad aparece la noción del trabajo. Es un derecho esencial de la persona "de ser estable y normalmente el primer responsable de su propia ma-

nutención y de su propia familia". Esto que a primera vista podría parecer una objeción a los seguros sociales, constituye ante todo una afirmación de la necesidad de la libertad en el desarrollo de las actividades de producción. Es decir, que el hombre pueda por su cuenta y riesgo iniciar y proseguir una actividad productiva y lucrativa para mantenerse y mantener a su propia familia. El peligro de los sistemas sociales de seguridad consiste en disminuir la iniciativa privada en todo lo relacionado con la producción y esta falta de iniciativa privada fácilmente produce el estancamiento de los sectores económicos que esperan todo acicate del interés del Estado. La doctrina social cristiana sostiene que nada hay más importante para la sociedad que la iniciativa personal y al mismo tiempo, la misma persona humana necesita de esa actividad para alcanzar su pleno desarrollo. Aun fuera del campo estrictamente económico esta verdad tiene su fuerza y su influjo. Pensemos por ejemplo, en la actividad artística, en la inventiva que son otros modos de expresión personal que finalmente se reducen al trabajo.

Derecho y obligación de manutención propia y familiar que dan la característica a las sociedades bien organizadas en las que el hombre comprende que no es un juguete en manos de obscuras fuerzas privadas o estatales que lo disminuyan en su categoría humana. En tales sociedades se descubre asimismo *"la gama indefinida de bienes de consumo y de servicios que se refieren no sólo a las necesidades materiales, sino también a las exigencias del espíritu: bienes y servicios que ocupan de un modo especial, la genialidad creadora de los individuos"*. Nada hay más grato para el desarrollo personal que el poder actuar respondiendo a las necesidades de la propia comunidad

y esto se encuentra donde la actividad artesanal mantiene un pleno desarrollo. He aquí donde el valor personal de la obra adquiere su predominio y permite entonces dar expresión plenamente a las genialidades de cada individuo.

De esta responsabilidad personal que debe desarrollarse en el trabajo se desprenden las conclusiones que señala el Sumo Pontífice: en ninguna empresa puede reducirse a los colaboradores constantes, a la condición de simples silenciosos ejecutores. Por el contrario, es necesario que se permita cada vez más un ejercicio de responsabilidad que aporte la experiencia de estos hombres, aunque no se encuentren en cargos directivos. De aquí la cita de Pío XII: *"la función económica y social que todo hombre aspira a cumplir, exige que no esté sometido totalmente a una voluntad ajena el despliegue de la actividad de cada uno"*.

Así se demuestra el gran interés de la Iglesia, representante de Dios, por el desarrollo de la propia personalidad. Porque este llamado de atención no va solamente a los empresarios para que cambien las estructuras de las empresas demasiado rígidas y antihumanas, sino que al mismo tiempo recuerdan a todos los obreros y empleados que tienen en la tierra una misión que cumplir, y que en ella juegan su vida eterna. Por lo tanto un decaer de su propia responsabilidad no podrá efectuarse sin peligro para su propio desarrollo. Muchas veces las estructuras se mantienen injustas porque no existe un verdadero interés por parte de los obreros de asumir plenamente sus responsabilidades. Una mentalidad demasiado complaciente para los cuerpos directivos puede originar un avance sobre los derechos de los más pasivos. Y esto no lo ve la Iglesia con buenos ojos.

La segunda conclusión que brota de este sentido personal del trabajo se refiere a la necesidad de la presencia activa de los trabajadores en todos los niveles de las estructuras económicas donde se tomen las directivas que resolverán de la vida de los empleados y obreros. Es decir, que debe reconocerse la necesidad de que en el momento de la decisión, y sea cual fuere el nivel de que se trate, allí es necesario que se haga oír el pensar de los mismos afectados por las decisiones. Vendría a ser la aplicación de un principio político de democracia, pero que surge no de la condición de ciudadano sino de la realidad de la colaboración en una empresa común a través del trabajo, expresión personal de todo hombre.

Esta posibilidad de participación activa responde fundamentalmente a las legítimas exigencias propias de la naturaleza humana, pero además está hoy en día en perfecta armonía con el desarrollo histórico. Es decir, los acontecimientos históricos han preparado a la clase obrera para poder asumir tales responsabilidades con plena conciencia de lo que ello significa. Por otra parte, las transformaciones de las mismas empresas en la mayoría de los grandes centros industriales obligan a una consulta cada vez mayor de todos los ambientes interesados en la marcha de la empresa y por lo tanto, también es lógico que estén representados los comprometidos por su trabajo en la empresa. Lo económico, lo social y lo político aparecen cada vez más tendientes a un respeto mayor de la persona humana. El ambiente de la mayoría de los países tiene en cuenta en grado superlativo la participación del mayor número de personas en la vida pública de las naciones y esto mismo está ayudado por el conocimiento que hasta

las masas tienen hoy en día de los principales problemas.

La exigencia de una participación activa de los obreros en todos los niveles aparece así como la consecuencia lógica de un proceso histórico que comenzado el siglo pasado da hoy los frutos entonces ambicionados.

• PREEMINENCIA DEL TRABAJO SOBRE EL CAPITAL

Otro aspecto considerado por Su Santidad se refiere al hecho de que hoy en día se intensifica la tendencia a adquirir capacidades profesionales que son a su vez fuentes de ingreso; y esta tendencia hace disminuir el deseo de poseer entradas cuya fuente es el capital.

Es una afirmación tradicional que lo basado en la ciencia o en la capacidad propia, personal, no corre el riesgo que puede correr cualquier capital por sólido que parezca. En nuestros tiempos un obrero especializado, o un profesional conseguirán con menos inquietud medios de subsistencia que un rentista cuyos capitales pueden sufrir los embates de las transformaciones sociales o la desaparición de fuentes que parecían durante mucho tiempo seguras.

Ya en la comedia griega encontramos algún diálogo que insiste en este pensamiento: *"un hombre pobre no puede asegurar su existencia si no posee un oficio"*. Y a quien asegura que posee riquezas, tierras y casas se le contesta: *"No ignoras las vicisitudes de la suerte que de la mañana a la noche convierten al hombre rico en un mendigo. Es necesario refugiarse en el puerto de los oficios para anclar con toda seguridad"*. Y seguramente nuestra civilización ha visto más transformaciones sociales que la griega.

Este hecho, de confiar más en el trabajo personal que en el capital acumulado es, para Su Santidad, una señal de progreso ya que el trabajo es expresión inmediata de la persona, mientras el capital es, según su naturaleza, un bien de orden instrumental. La transformación de nuestra civilización en una cultura en la que el trabajo aparece como factor preeminente resulta ser así un paso hacia adelante en cuanto a la humanización que ello significa. Aun en países altamente industrializados y enriquecidos aumenta el número de aquellos capitalistas que cumplen una función de intensa actividad para dar a la sociedad su parte.

● *EL TRABAJO Y LA PROPIEDAD PRIVADA*

Por otra parte, no hay duda, y esta es asimismo doctrina tradicional de la Iglesia, la gran fuente de la propiedad privada es el propio trabajo. Reconoce la Iglesia otros medios de adquisición de la propiedad, pero esto no quita el carácter preeminente del trabajo como medio natural, el más apropiado para que los hombres, la inmensa mayoría de ellos, logren el ejercicio de un derecho natural tan importante como el de la propiedad privada. El origen prevalente, nos dice el Papa, de la propiedad privada se encuentra en la fecundidad del trabajo. Estaríamos negando una de las consecuencias más apetecidas del trabajo si le quitáramos esta posibilidad de lograr la propiedad privada. Hay aquí una feliz combinación de dos derechos naturales que mutuamente se apoyan y se vigorizan. La propiedad privada nace, generalmente, prevalentemente, del trabajo; y a su vez el trabajo adquiere un prestigio y una atracción para los hombres en cuanto a través suyo se adquiere la propiedad pri-

vada. Por eso es una obligación de justicia social el asegurar al trabajo la posibilidad de adquirir propiedad privada y de consolidar la situación de la familia a través del trabajo del responsable principal. De esta realidad nacen las responsabilidades no sólo de los Estados sino de los mismos empresarios para permitir que sus obreros y empleados obtengan a través del trabajo, un medio de subsistencia y de acceso a la propiedad privada, aún de los medios de producción.

● *LINEAS TEOLOGICAS ACERCA DEL TRABAJO*

No se contenta Su Santidad en destacar el valor personal del trabajo, sino que lo incorpora a todo el movimiento teológico, religioso, es decir, en relación con Dios.

Copiemos un párrafo que si bien en la "Mater et Magistra" se aplica al trabajo agrícola, puede sin forzarse, aplicarse a toda clase de trabajo:

"En el trabajo agrícola encuentra la persona humana mil incentivos para su afirmación, para su progreso, para su enriquecimiento, para su expansión, incluso en la esfera de los valores del espíritu. Es, por tanto, un trabajo que ha de concebirse y vivirse como una vocación y una misión; es decir, como una respuesta a la invitación de Dios a contribuir al cumplimiento de su plan providencial en la historia, como un compromiso a obrar el bien para la elevación de sí mismos y de los demás, y como una aportación a la civilización humana" (38).

No hay duda que las expresiones pueden aplicarse a todo trabajo humano y además marcan la transición entre el aspecto meramente humano o terrenal y la visión que Dios mismo tiene del trabajo. Más aún, podríamos decir que sólo

porque Dios lo ve y lo concibió así el trabajo tiene tanto valor humano.

La teología que se desprende de este párrafo y que podremos confirmar con otros que citaremos más adelante, nos parece poder resumirla en lo siguiente.

Todo hombre al nacer es investido por Dios de una misión. No nacemos por casualidad, ni por un mero juego de fuerzas ciegas. Somos el fruto de un acto de amor, no solamente de nuestros padres, sino del mismo Dios. Esa misión que Dios nos encarga se ha llamado vocación especialmente referida a quienes abrazan la vida sacerdotal o religiosa, pero de hecho corresponde a todo hombre. Dios nos ha llamado —y este es el sentido de la vocación—, a la existencia para que cada uno de nosotros complete una parte de la obra total cuyo secreto sólo El tiene. Ese plan providencial de la historia se realiza a través del mismo trabajo, que es la expresión típica del primer mandamiento que Dios dejó al hombre: *"someted y dominad la tierra"*. En ese plan providencial, Dios no puede dejar de señalar como metas, el propio desarrollo de la persona humana y un servicio de los demás. Aquel mandamiento nuevo del amor al prójimo se realiza, en primer lugar, a través del trabajo que nunca como hoy tiene un sentido social. Nos basta pensar en este momento que escribimos y en el momento en que nuestro lector lee, el ejército verdaderamente impresionante de hombres que han trabajado, en tantas partes del mundo, para que podamos realizar esta simple actividad de escribir o de leer. El más simple gesto material que hoy realizamos, comer, pasear, vestirnos, está dependiendo de todos aquellos que han trabajado por nuestra comida, nuestro vestido, nuestras comodidades. Y, al mismo tiempo, nuestro propio trabajo tiene consecuencias totalmente sociales.

Un obrero trabaja para los demás, un profesional colabora en la construcción de un orden social más justo o más sano. Es decir, todos trabajamos para elevarnos a nosotros mismos y para ayudar a la elevación de los demás.

Es triste que en nuestro mundo, y en nuestra ciudad, se piense más a menudo que lo que realmente se hace es vivir para ganar dinero. Pero no es así la realidad. El objetivo del trabajo, ya material o intelectual, es realizar una obra que sirva al mismo que la hace y a los demás. De este hecho nace una retribución de tal trabajo, pero su objetivo, diríamos el objetivo esencial del trabajo, no es, no puede ser el mero ganar dinero. Hay una razón más honda que está expresada en el propio desarrollo y en el servicio de los demás.

La realización del trabajo cotidiano no puede, por lo tanto, ser concebida como una pesada obligación sin sentido. Muy por el contrario es el ejercicio de una serie de virtudes que perfeccionan al que las ejercita, y se transmiten como un bien en torno suyo. Lo trágico es que los hombres no caen en la cuenta de esta realidad. ¿No señalaba ya Pío XI a la actividad empresarial como el ejercicio de la virtud de la magnanimidad? Aquel empresario que con sus ganancias construye una nueva empresa con el propósito no meramente de aumentar sus ganancias sino de ofrecer nuevos puestos de trabajo en una sociedad que los necesita, ejerce la magnanimidad porque realiza una obra grande sin tener principalmente en cuenta su propio provecho. Un profesional, un abogado que lucha por su cliente, ¿tiene, acaso, por finalidad ganar dinero? La verdadera finalidad es el triunfo de la justicia, aunque él mismo no tenga plena conciencia de ello, y por lo tanto, si toma conciencia hace de su profesión el ejercicio de

la virtud de la prudencia. Un obrero, cuánta paciencia, constancia, laboriosidad desarrolla a lo largo de su jornada! Y cada una de estas actitudes tuyas son otros tantos actos de virtud. Y, desgraciadamente nos hemos olvidado, ¿los mismos cómicos y artistas no ejercitan acaso una virtud que los clásicos llamaron con el hermoso nombre de eutrapelia, al hacer reír y gozar a los demás? En nuestro propio país, ¿no podríamos acaso citar revistas y actores de televisión que por su espíritu limpio y su sano buen humor contribuyen al bien y a la felicidad de muchos al provocar en ellos una sonrisa y una alegría nunca más necesaria que hoy? Pues bien, esa actividad entendida en lo fundamental es un verdadero ejercicio de virtudes.

Si esto es así, aun en un orden natural, mucho más se destaca el valor espiritual de la actividad diaria, temporal cuando el que la realiza es un cristiano, es decir, un miembro del Cuerpo Místico de Cristo.

"Cuando se ejercen las actividades pro-

pias, aun las de carácter temporal, en unión con Jesús, Divino Redentor, cualquier trabajo viene a ser como una continuación del trabajo de Jesús, penetrado de virtud redentora... Viene a ser un trabajo que no sólo contribuye a la propia perfección sobrenatural, sino también a extender y difundir en los otros los frutos de la Redención, y a fecundar con el fermento evangélico la civilización en que se vive y se trabaja" (70).

Bien se ve, pues, qué lejos estamos de una concepción en la que el trabajo aparece como el fruto de una maldición. Muy por el contrario, toda clase de trabajo debe vivirla el cristiano como cumplimiento de un deber que forma parte del plan de Dios sobre su propia vida; como prestación de un servicio a sus hermanos y a la sociedad y civilización que pertenece; y en comunión interior con Dios y en Cristo para su gloria como ya lo indicaba el Apóstol San Pablo: *"Ya comáis, ya bebáis o ya hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios"* (1 Cor., 10, 31).